

INTRODUCCIÓN

*“Debería haber una forma para introducir trabajos monográficos
con solos de guitarra”
Conversación con un Amigo.*

Introducir este trabajo monográfico no es sencillo. Tampoco lo fue encontrarle una teoría ni escribirlo pero son cosas que deben hacerse de alguna forma. Supongo que a veces las palabras se escapan y no hay redes de mariposas para alcanzarlas. Más aún si vamos a hablar de la vida cotidiana, de una serie de eventos en mi vida que se ligaron de repente para hacerme reflexionar sobre la sociedad.

La historia de este trabajo había empezado mucho antes de que yo tomara un lapicero o buscara un computador con el ánimo de escribirlo. Empezó cuando yo era una niña, luego saltó a mi adolescencia y finalmente me ha acompañado en los últimos meses. Pero solamente cuando tomé un lápiz con el fin de hurgar en mis diarios, noté cuán viejo era. Fue un proceso difícil este de verse hacia adentro, de sacar la familia y los amigos y empezar a analizar mi relación con ellos y reflexionar acerca de muchas de mis vivencias.

Los diarios, las conversaciones con mis amigos, con mis padres, con mis hermanas, mi proceso en la Universidad, todo, absolutamente todo está tejido con un hilo tan fino que a veces las uniones son casi imperceptibles. Sólo se perciben las malas terminaciones o los errores pero se trata de agudizar el ojo.

Cuando llegué a esta ciudad aprendí a ver el caos: ruido, polución, mucho tráfico, demasiado comercio, la gente que no se hablaba, la ciudad tan grande. La quise porque significaba empezar a vivir sola, a encontrar nuevas oportunidades. Creí que me iba alejar por completo de la fría ciudad en la que vivían mis padres pero en Bogotá es mucho más difícil hacer amigos, así que volvía a Tunja cada vez que podía.

Fue gracias a estos continuos viajes por el altiplano que conocí a más gente, que logré ligar y hallar las diferencias entre dos tipos de academia que aparentemente eran la misma. Este continuo viaje creó una mezcla entre la calma y el caos, entre lo poético y lo teórico.

En uno de esos viajes sostuve una conversación que cambiaría mi visión sobre mí misma y me abriría los ojos. Un día en el que fui consciente de que era mujer. A pesar de haberlo sabido siempre, de haberlo visto siempre, no fui consciente de ello hasta que no tuve una fuerte conversación con una amiga. Y desde entonces empecé a escribir al respecto. No como una reivindicación, no, sino como un reconocimiento a una identidad de la cual no era consciente aunque funcionaba perfectamente en la sociedad y no luchaba contra ella. Empecé a hallar las diferencias y con esto también empecé a leer nuevos libros, nuevos autores, de esos que no son difíciles de encontrar en nuestras bibliotecas y que llegan siempre por medio de un amigo que viaja o de un profesor o profesora. También quise cambiar aspectos de mi vida y de mi entorno y en esa búsqueda por los cambios fue como llegó a mí el concepto de Autoetnografía.

Cuando decidí hacer una Autoetnografía como trabajo de grado supe que era todo un reto tanto para mí como para los probables lectores. Era un cambio en el estilo de hacer academia, era una forma distinta de ver y mostrar la realidad. Era lo más parecido a crear una grieta en una pared, pegarle un martillazo con mucha fuerza. Pero también fui consciente de que valía la pena arriesgarse, de la misma manera que vale la pena subirse a un escenario por primera vez para tocar una canción, o de la misma forma en la que hay que tumbar muros para hacer una nueva construcción.

Escribirla fue una aventura: perderme constantemente en el camino a pesar de tener la guía de Un Cuarto Propio, las sabias palabras de Virginia Woolf. Era saber que no la iba a copiar pero que había una idea central para desarrollar. Me sentaba entonces horas tras horas con mis diarios, releyéndome, buscando los puntos clave, a veces sencillamente escribiendo, intentando recordar. Hallé que no hay algo mejor para escribir que aquello de lo cual no se tiene idea, que es desconocido.

Aquí entonces hay un salón de experimentos alrededor de una pregunta: ¿qué necesita una mujer para escribir? Lo publiqué por distintos medios, muchas mujeres

respondieron y aunque las respuestas eran vagas porque se referían a qué necesita un ser humano, no solamente una mujer, esto me dio para reflexionar e ir limitando mi proceso de búsqueda, y lograr ver cosas que afectan a la sociedad y ante las cuales pasaba indiferente.

Descubrí que Hélène Cixous tenía razón cuando apuntó que para escribir se debían cerrar los ojos y que leer era como comer a escondidas, siendo ambas cosas eventos solitarios llenos de placer. Cerré los ojos un poco y me dejé llevar por la emoción. Recordé momentos alegres y tristes, descubrí características de mí y de la sociedad. Entonces invito a que este trabajo se lea como una investigación sobre mí misma, como una constante búsqueda del rol del yo en la sociedad, como una forma de ver el impacto que esconden pequeñas acciones y fugaces momentos.

JUSTIFICACIÓN

No mentiré si digo que este trabajo es casi una casualidad. No mentiré si digo que muchas de mis pasiones nacen de repente y que de ellas suelo sacar los mejores frutos. En ese caso la mejor justificación a este trabajo es que me gusta hacerlo, que hallo un tremendo placer desarrollándolo y que estoy segura de que la única razón para que el ser humano viva es buscar su propia felicidad.

Sin embargo soy consciente de que en la academia estas razones no son muy plausibles a menos de que vayan ligadas con un grupo o una comunidad, y de que además, debajo de toda actividad intelectual que se desarrolle por pura satisfacción también deben haber justificaciones que pueden ser mejor vistas en tanto que sus tesis son demostrables e incluyen a la sociedad.

Para empezar a desglosar mis razones y que sea más fácil entenderme, seré un tanto permisiva conmigo misma y me situaré en el punto donde me encontraba hace algunos años: intentaba empezar un trabajo monográfico sobre *Las Olas*, novela escrita por Virginia Woolf y que ha permanecido casi intocada por la crítica debido a la forma de su narración. Quería analizar las voces de los distintos narradores de la novela; en especial las voces femeninas, situarlas en su contexto histórico, descubrir cómo serían las distintas mujeres de la novela en la sociedad inglesa de la época. Para ello empecé a leer todos los libros de Woolf, desde sus novelas hasta sus ensayos, hasta llegar a *Un Cuarto Propio*.

Definitivamente y como diría Belén del Rocío Moreno en una de sus clases, en ocasiones no es el lector el que lee el libro sino más bien al contrario. Cuando leí el libro sentí que estaba escrito para mí, que el libro y yo estábamos profundamente ligados y que yo tendría que escribir sobre él. Pero si el libro y yo estábamos profundamente ligados, escribir acerca del libro tendría que ser escribir sobre mí.

Debo confesar que años atrás yo había tenido una discusión con una profesora amiga mía acerca de la escritura femenina que ella tanto defendía y la que yo decía no debía existir, argumentando una necesidad en la búsqueda de la androginia. Juliana Borrero

hizo que yo comprendiera las dimensiones sociales que el haber nacido con determinado sexo acarrea y que mi relación con el mundo también se desarrolla a través de mi cuerpo el cual siente y por lo tanto es fundamental en el proceso de escritura. Este proceso mental y de análisis iniciado por la discusión con Juliana llegó a su punto más alto cuando leía el ensayo de Virginia Woolf.

Un Cuarto Propio es un ensayo corto que la escritora hizo con el fin de dar unas conferencias. Fue escrito hace casi un siglo y contiene todos los elementos que hacen que una mujer se pregunte acerca del mundo que la rodea. *Un Cuarto Propio* hace que una mujer sienta ganas de escribir y de contar su historia. Pero sobre todo, de todos los ensayos que había leído (que para ser más justa, eran pocos) era el primero escrito en primera persona, con un lenguaje sencillo y en el que ella cuenta los pormenores que surgieron al intentar escribirlo y sus propias percepciones de los momentos que narra.

Una de las cosas que más me sorprendió del libro fue la forma como estaba escrito. Woolf lo empezó casi como una anécdota, lo que hace que al leerlo uno no imagine las tesis que esconde. Creo que precisamente fue por eso que lo leí completamente. Era un ensayo al que cualquier persona podría acceder sin sentir que la academia le es ajena y el que completaría una serie de escritos que supieron dar base a uno de mis pensamientos: ya casi nadie lee teoría. Pasaba cuando estaba en primer semestre y nos dejaban las copias para el parcial, pasaba cuando me encontraba leyendo y me daba sueño, porque sentía que esa teoría no estaba hecha para ser leída sino para aumentar el grosor de una biblioteca de cosas que sólo las entendería aquella persona que se hubiera llenado de información. En fin, eran textos que a pesar de contener teorías plausibles aburrían tremendamente al público lector. Laurel Richardson completó mis justificaciones en uno de sus ensayos llamado *Writing: A Method of Inquiry*, en el que dice:

“Undergraduates are disappointed that sociology is not more interesting; graduate students confess that they do not finish reading what has been assigned because it is boring; and colleagues express relief to be at long

last discussing qualitative research's own dirty secret: Our empire is (partially) unclothed"¹

Y luego, Juliana Borrero me permitió leer su tesis y sus ensayos. Allí descubrí que la academia se había cerrado a ser poética y que el ensayo literario en cierto modo acababa con la belleza de la literatura misma.

"The making of an academic. Or the unmaking. This is the story of my evasions. The story of my rebellion. This is the story of coming into dialogue, into language, struggling for an academic existence committed to the social world, for a persona not detached from body, desire, life. It is the story of the explosion of certainties, the dynamiting of lies, the shedding of skins, the coming out into a theory and practice of language fresh and vulnerable and new- that is only beginning to show its moist, green bud. So much has been done, but almost everything is yet to be said."²

Un Cuarto Propio era la muestra de que en el ensayo académico había un espacio para hablar de sí mismo, para mostrar que cuando se habla de sí mismo también se está haciendo teoría.

Si bien, *Un Cuarto Propio* (contrario a lo que pasó con *Las Olas*) ha sido ampliamente estudiado por la crítica que ha sacado las tesis más importantes del libro y las ha analizado en su contexto histórico político, así como toda su influencia en la revolución de género, pocas mujeres han contado su historia. En los anaqueles aún son pocos los libros que las mujeres han escrito y muy pocos son los nombres femeninos que acuden a nuestra mente cuando pensamos en los grandes de la literatura.

Después de leer el libro y saber qué era lo que según la autora cualquier mujer necesitaría para escribir, surgió una pregunta: ¿qué necesita una mujer en la actualidad para escribir?

Intentar saber qué necesita una mujer hoy en día para escribir libremente es un trabajo sumamente arduo, más aún cuando después de leer el libro sentí que Colombia era

¹ RICHARDSON, Laurel. "Writing: A Method of Inquiry" En *Handbook of qualitative research*. Thousand Oaks, CA: Sage. 1994.

² BORRERO, Juliana. Portrait Of A Woman Language Theorist. En: Semester Magazine Goddard College Individualized MA Program, 1-2005.
<http://web.goddard.edu/faculty/eppe/magazines/mag1-05/1-2005magazine.html>

muy parecida a la Inglaterra de 1928 sin demeritar los avances tecnológicos, la Internet, la lucha por los derechos y demás cambios que la sociedad mundial ha tenido. La sentí similar en tanto que para muchos todavía es una locura que una mujer escriba, porque para muchos la escritura es un proceso de simple acumulación de datos y no un proceso de investigación y creación.

Después de haber pertenecido a un grupo de escritores en la ciudad de Tunja y de oírlos contar sus historias, las historias de las mujeres me helaron la sangre; eran increíbles, casi cuentos de horror. Verlas allí escribiendo era un acto de libertad, de lucha por la libertad y me dije que sus historias merecerían ser contadas, pero luego comprendí que yo no podría contarlas mejor que ellas y que la mejor historia que podría relatar sería la mía propia, que nunca podría llegar a reunir todas las sensaciones y todas las emociones de ningún ser humano, pero que el ser humano que más podría describir sería a mí misma. El problema ahora sería justificar que mi historia también valía la pena ser contada.

Al fin y al cabo, yo soy una mujer, una sola entre miles, entre millones de mujeres colombianas y latinoamericanas, una sola que nació en ciertas condiciones culturales y sociales que han hecho que vea el mundo de una manera y no de otra, que sienta de una forma y no de otra. Entonces, la pregunta inicial tomó otra vía transformándose en: ¿qué necesito yo para escribir?

Escribir sobre mí, en ese caso no es un egocentrismo, escribir sobre mí a través del *Cuarto Propio* de Virginia Woolf es contar parte de la historia de la mujer colombiana. Investigar sobre mí, es investigar sobre la vida del ser humano. Saber que mi cuarto propio puede ser el de muchas mujeres que han estado calladas durante años. La literatura, la autobiografía está relacionada con todas las actividades humanas, en especial con la etnografía y es hora de empezar a contar nuestras historias.

La pregunta entonces cambia para enfrentar al ensayo de Virginia Woolf: ¿habremos ya conseguido todo lo que Virginia Woolf escribió como una ilusión en su cuarto propio cuando dijo: dentro de 100 años, las mujeres tomarán parte en todas las actividades y esfuerzos que antes les eran prohibidos?

Este trabajo entonces, es una forma de analizar si se ha avanzado lo suficiente en la historia de la mujer en la sociedad, para observar si hacen falta más elementos además del dinero, la soledad y el tiempo para crear el Cuarto Propio y si con el paso del tiempo se crean más necesidades.

OBJETIVOS

GENERAL:

Escribir un trabajo autoetnográfico sobre qué necesita una mujer para escribir, tomando como base *Un Cuarto Propio* de Virginia Woolf

Específicos:

Desarrollar un relato en primera persona que use la escritura como método de investigación.

Hacer una comparación entre las tesis de *Un Cuarto Propio* y la actualidad de la escritura femenina en Colombia.

Buscar qué necesita una mujer colombiana para escribir.

MARCO REFERENCIAL ESTADO DEL ARTE.

A través de la historia, la mujer y su paso por la escritura han estado marcados por situaciones repetitivas. La historia de la mujer en la escritura ha sido una historia triste realzada por el suicidio, la discriminación y el anonimato.

Virginia Woolf en su libro *A Room of One's Own* describe bien estos fenómenos dando ejemplos de ellos con casos específicos de la literatura europea. En esta primera parte citaremos pues a la autora inglesa, así como también ahondaremos en dichos casos y los nutriremos con ejemplos un poco más recientes y cercanos a la Latinoamérica en la que vivimos.

He aquí que la mujer no siempre escribió, que muchas veces le negaron el uso de este acto creyendo que su único deber en la naturaleza era el de formar familia. La educación de la mujer tenía como metas aprender a servir, a cuidar de su esposo e hijos y a comportarse en sociedad, donde siempre estaba en un segundo plano. El arte era entonces cosa de hombres y la palabra, algo totalmente ajeno a ellas.

En su ensayo, Virginia Woolf ilustra este caso con una pequeña historia de su invención en la que recrea a un personaje que es hermana de Shakespeare, para probar que ninguna mujer de la época del poeta pudo haber escrito como él por la sencilla razón de que no hubiera tenido acceso a la educación que él tuvo y porque tarde o temprano hubiera tenido que casarse y tener hijos, so pena de castigo severos por parte de su padre. Para escribir el relato la escritora se basa en los documentos de un historiador.

“the daughter who refused to marry the gentleman of her parents' choice was liable to be locked up, beaten and flung about the room, without any shock being inflicted on public opinion. Marriage was not an affair of personal affection, but of family avarice, particularly in the “chivalrous” upper classes. .

.. Betrothal often took place while one or both of the parties was in the cradle, and marriage when they were scarcely out of the nurses' charge."³

América heredó esos hábitos de la Europa de aquella época con la diferencia de que se crearon aún más escalones dentro de la pirámide de la discriminación. No era (y en la actualidad, no es) lo mismo ser una mujer de ascendencia europea que una mujer indígena o que una afrodescendiente; la colonización, la esclavitud y el denominado "salvajismo" de los nativos marcaría la vida de la población latinoamericana cuya escritura empezó a florecer mucho tiempo después del 1492. Entonces, no sólo eran las mujeres, era todo un pueblo obligado a seguir leyes que no le pertenecían y cuyo acercamiento a la palabra escrita era algo prohibido. Los pocos textos que se habían escrito en su lengua fueron arrasados y sus lenguas terminarían muriendo ante el poder y la violencia del europeo.

Imaginemos entonces a una mujer de la época colonial y postcolonial perteneciente a una sociedad adinerada o de clase media tal vez para que tuviera acceso a algo de la educación, para que al menos tuviera la oportunidad de aprender a leer y a escribir, y algo de tiempo en el que no estuviera encerrada en la cocina, y habría pasado lo mismo que con la hermana de Shakespeare que Woolf creó, tarde o temprano se tendría que casar con algún militar al servicio del reino o con algún terrateniente y se vería obligada a tener hijos porque ésa era la función dictada por la iglesia para toda mujer.

Claro, alrededor del mundo algunas mujeres de clase alta irían despertando y con su despertar irían despertando a otras mujeres; digo de clase alta porque sin duda alguna eran ellas las únicas que aprendían a leer y a escribir y a quienes, ya fuera por burla o por condescendencia, se les permitía hacerlo aunque nunca se les reconociera la calidad de sus textos.

Poco a poco ciertas mujeres publicarían, como lo hicieron en el romanticismo inglés algunas de las más reconocidas autoras de todos los tiempos, a las que tildaron de dementes y quienes no tuvieron familia. El mejor ejemplo de todos tal vez sea el de Emily Bronte, a quien tras la publicación de *Wuthering Heights* criticaron de plagio, arguyendo que el texto pertenecía a su hermano muerto; aunque la novela fue

³ WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*. Granada Publishing, London. 1980

originalmente publicada bajo el nombre masculino de Ellis Bell para evitar las críticas y el rechazo de los lectores.

El caso de Emily Brönte es sólo uno entre los muchos que surgieron. Una mujer debía quitarse el nombre de mujer para que su escritura fuera publicada y alabada. Basta echar un vistazo y repasar los nombres para que aparezcan entonces nombres famosos como los de George Sand, George Elliot y si revisamos la literatura hispanoamericana, probablemente los nombres de Víctor Catalá y Fernán Caballero nos escondan grandes mujeres artistas. Como vemos, la historia en Hispanoamérica se repite.

Así es como el anonimato fue una de las grandes formas que tomó el silencio. Pensemos por un momento a cuántas escritoras silenciaron y tildaron de dementes. Entonces, la escritura era un acto heroico en la vida de una mujer, era un luchar contra la ley, la costumbre, la religión y para hacerlo les fue necesario a estas mujeres llenarse de coraje y probablemente de rabia, de esa rabia fundada en la tristeza de no conocer el mundo y de que el mundo jamás las conociera.

Virginia Woolf escribió en su ensayo *A Room of One's Own* sobre la dificultad que conllevaba la escritura de un libro. Lo escribió en el momento en que autores como Flaubert confesaban cómo habían escrito sus obras maestras ante la indiferencia total de la humanidad hacia el arte escrito. Decía ella que miráramos esa misma dificultad pero en una mujer en la época romántica quien no tenía derecho a un cuarto propio, ni a un dinero propio, ni a absolutamente nada que pudiera llamar suyo dónde tomar un lápiz y algo de papel y sentarse a escribir. La escritora nos pide en su ensayo que imaginemos cómo fue posible para una mujer de la época de las hermanas Brönte escribir sin siquiera poder salir de su casa para dar un paseo o viajar, sin siquiera poder llamarse mujer.

Y así es como llegamos a una parte fundamental en la escritura femenina, donde el dolor, la rabia o tal vez la tristeza llena las páginas de las autoras que son conscientes de sus dificultades y que según Woolf, es por eso que no escriben poesía. ¿Con qué tono se puede escribir ante las dificultades que les impiden expresar su arte?

En *A Room Of One's Own* está escrito que Charlotte Brönte interrumpía el discurso de su escritura, donde pasaba de la descripción de un paraje lejano visto desde una casa, a una situación totalmente distinta. Decía Woolf que el deseo de la propia escritora se reflejaba en ese paraje.

“In those words she puts her finger not only upon her own defects as a novelist but upon those of her sex at that time. She knew, no one better, how enormously her genius would have profited if it had not spent itself in solitary visions over distant fields; if experience and intercourse and travel had been granted to her”⁴

Aún así, si en este tipo de novelas se notaba un profundo dolor en el momento de la escritura, hubo otro tipo de textos que tiempo después se encargaron de hacer explícita la denuncia. Entre de los ejemplos más grandes, se encuentra Virginia Woolf con el ensayo aquí citado.

También en Latinoamérica se escribió crítica a una cultura hecha por y para los hombres. Vale la pena destacar algunos poemas, como *Tú me Quieres Blanca* de Alfonsina Storni que habla sobre la exigencia a la mujer de mantenerse casta, mientras que el hombre podía hacer lo que quisiera con su vida sexual.

Y cuando las carnes
te sean tornadas,
y cuando hayas puesto
en ellas el alma
que por las alcobas
se quedó enredada,
entonces, buen hombre,
preténdeme blanca,
preténdeme nívea,
preténdeme casta.

Lo anterior ya había sido denunciado muchos años atrás en poemas de Sor Juana Inés de la Cruz y ambas escritoras fueron un ejemplo vivo de la condición de la mujer en dos épocas latinoamericanas distintas. De Sor Juana se dice que se refugió en un

⁴ WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*. Granada Publishing, London. 1980

convento al no querer contraer matrimonio y sin tener alguna vocación religiosa, pues era la única opción para que su escritura siguiera desarrollándose.

Por otra parte las referencias a no hablar con una lengua de mujer y tener que seguir una línea patriarcal son más claras en poemas más recientes como los de Ana Becciu o los de Alejandra Pizarnik, quien en sus diarios también arguyó que su familia estaba en contra de su ilusión de estudiar filosofía o de dedicarse a la escritura. La misma Alejandra fue objeto de constante polémica al usar vestimenta que no era apropiada para una mujer: usaba ropa que era común en los hombres, haciendo referencia en sus diarios a cuán cómodas eran y lo importante que era tener varios bolsillos donde ella podía guardar un libro sin necesidad de llevar una cartera. De hecho, en una cita de sus diarios expresa que la ropa de hombre hace que pueda ir lento y sin preocupaciones, sin mayores molestias, sin un fin o un objetivo qué buscar.

Podría decirse, que lo que hizo Alejandra, sin bien muchos lo relacionan con su “fealdad”, fue romper con las normas socialmente impuestas a las mujeres de su época y que hoy en día se reproducen con otros y diversos factores como los medios de comunicación y la moda.

Entonces, la escritura de las mujeres cambió de tono, uno en el cual no se escondían, donde su escritura rompió los miedos y denunció sus dolores sin importar que las trataran de dementes, hecho que se repitió una y otra vez y otra vez con la mayoría de escritoras sin que importara el tiempo en que escribían y que sin duda alguna marcó los textos que produjeron.

Pero más allá de la escritura y terriblemente ligado con su dolor hay más de un aspecto que marca la vida de las escritoras a través de los tiempos. Algunas de esas características ya fueron dichas por Woolf en su ensayo, como el hecho de no haberse casado ni de haber tenido hijos, el hecho de haberse cambiado el nombre. Pero hubo algo a lo cual Woolf no se refirió y de lo cual ella es un ejemplo: el suicidio.

La cantidad de mujeres poetas que se suicidaron es increíble. La mayoría han sido ya citadas aquí, como es el caso de Alejandra Pizarnik o Alfonsina Storni, pero hay muchas otras como Sylvia Plath, Violeta Parra o Anne Sexton. Pensar que es una coincidencia que las mujeres escritoras se suiciden puede ser una salida fácil a este fenómeno. Sin embargo, si estudiamos las vidas, el rechazo y el aislamiento que como

mujeres tuvieron que sufrir, no resulta tan descabellado. Al respecto Ana Nuño escribe:

«La melancolía, la soledad y el aislamiento, cuando se ponen de manifiesto en la vida de una mujer, son rasgos que admiten ser interpretados como la prueba de un desequilibrio psíquico de tal naturaleza, que puede conducir a su autora al suicidio o la locura. Si es varón el escritor, en cambio, y su obra o vida o ambas manifiestan parecida contextura —la lista es larga, de Hölderlin y Rimbaud a Kafka y Beckett—, ésta suele recibirse como una confirmación del talante visionario del hacedor»⁵

Hasta el momento, estas características se han repetido. Algunas en forma más constante que otras, pero todas claramente visibles en la obra y vida de las mujeres escritoras. Esta corta referencia al respecto sólo es una guía que permite ubicarnos en un plano social de similitudes para analizar más a fondo la condición de la mujer y su relación con el arte escrito.

⁵ NUÑO, Ana. En Alejandra Pizarnik, *Prosa Completa*, p. 8

ORDENANDO EL CUARTO

1. La escritura del yo: una propuesta autoetnográfica

A través de la historia, a muchos investigadores se les enseñó que debían eliminar la primera persona en la escritura de sus investigaciones y que el objeto de estudio siempre debería ser el *otro*. Es el otro con el cual el investigador no se identifica, el otro que es diferente.

Sin embargo, con el paso de los años fueron los mismos antropólogos ayudados por todas las demás campos de las ciencias humanas quienes empezaron a exigir una re-escritura de la historia, un cambio en el uso del lenguaje que los obligara a verse a sí mismos. Estos nuevos planteamientos se argumentaron con teorías sobre el poder y la colonización, recordando que el colonizado nunca tuvo derecho a contar su historia y que, por lo tanto, la historia quedó sesgada a sólo un punto de vista que crea una forma de pensamiento en la academia. Hablar del otro es, de esta manera, otra forma de someterlo. Esta es la historia de cómo la palabra *Yo* se abrió paso en los ensayos, hace un poco más de tres décadas.

1.1. Pensar sobre sí mismo: el proceso

El problema de la falta de escritura sobre sí mismo ya había sido planteado desde hacía mucho tiempo atrás. Como ejemplo tomaremos a Virginia Woolf quien en su *Cuarto Propio* hace referencia a cuántos escritos había sobre la mujer pero ninguno de ellos había sido escrito por una mujer. Decía la escritora que se había dado cuenta de que las mujeres eran un tema de especial interés como objeto de estudio, pero cómo la sociedad las obligaba a desinteresarse por estudiarse a sí mismas. Entonces los escritos que había sobre las mujeres eran más manuales de comportamiento y ensayos que pretendían demostrar la inferioridad de la mujer con respecto al hombre. Lo mismo pasaba en la época de la colonización con los textos publicados sobre las comunidades indígenas y afrodescendientes. El que escribe es un *autor* y escribe sobre el otro, presentando una historia que no conoce a fondo y que no le pertenece.

No need to hear your voice when I can talk about you better than you can talk about yourself [...] I want to know your story. And then, I will tell it back to you in a new way [...] I am still author, authority. I am still colonizer, the speak subject and you are now at the center of my talk.⁶

Es precisamente sobre esto que escribe Woolf cuando dijo que le hubiera gustado hallar más libros en los anaqueles que hubieran sido escritos por mujeres que contaran sus historias. Dice Virginia Woolf que le hubiera gustado saber a qué edad se casaban las mujeres en las distintas épocas de la historia inglesa, cuántos hijos tenían, qué hacían en sus ratos de ocio. Esto era una invitación a que las mujeres escribieran sobre sí mismas.

Sería bueno imaginar en ese entonces la historia al revés, una en donde el indígena, la mujer, el afrodescendiente, escribiera sobre su visión del colonizador, del poder. Muy seguramente, nuestro conocimiento del mundo no estaría tan limitado. La escritura es entonces, pensada desde Woolf, como un proceso para decir la verdad en una sociedad moralista, para contar el otro lado de la historia pero eso no se daría sino hasta muchas décadas después gracias a los antropólogos del postmodernismo.

1.2. El nacimiento de un término

El término autoetnografía no existió sino hasta el año de 1978 cuando el antropólogo David Hayano lo usó por primera vez con el siguiente significado:

Cultural-level studies by an anthropologist of their “own people”, in which the researcher is a full insider by virtue of being “native”, acquiring an intimate familiarity with the group, or achieving full membership in the group being studied⁷

Sin embargo, la aplicación y el significado de este término cambiaron hasta el punto de que su uso fuera ambiguo en los estudios etnográficos. Aún así, después de varios años se empezaron a incluir como parte de la autoetnografía otros estudios que

⁶ bell hooks, “Marginality as a Site of Resistance” en Fine, M. *Working the Hyphens: Reinventing the Self and Other in Qualitative Research*, En *Handbook of qualitative Research*.

⁷ Hayano, David. En Ellis, C and Bochner, A. P., “Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity: Researcher as Subject”, en *The Handbook of Qualitative Research*.

conocían de distintas formas, tales como *Personal Narratives, Narratives Of The Self* (Richardson, Laurel. 1994), *Personal Experience Narratives* (Denzin, Norman.1989), *Self Stories* (Denzin, Norman. 1989), *First Person Accounts* (Ellis, 1998), *Personal Essays* (Krieger, 1991), *Self Ethnography* (Van Maanen, 1995), *ethnobiography* (Lejeune, 1989), *Native Ethnography, Indigenous Ethnography* and *Ethnic Autobiography*. Todos los anteriores conceptos tienen en común el hecho de que las historias que se narraban eran personales y de que el investigador era también el objeto de estudio; de allí precisamente nace la razón por la cual muchas de las autoetnografías se hayan realizado en minorías.

Hoy en día uno de los significados que más se usa para la autoetnografía lo escribieron Carolyn Ellis y Arthur P. Bochner. Este significado es el que se usará en el presente trabajo.

Autoethnography is an autobiographical genre of writing that displays multiple layers of consciousness, connecting the personal to the cultural. Autoethnographers ask their readers to feel the truth of their stories and to become coparticipants, engaging the storyline morally, emotionally, aesthetically, and intellectually.⁸

De esta manera, no son sólo los antropólogos los que escriben autoetnografía sino que también participan y entran en esta categoría todos los textos escritos por cualquier persona en los que se muestre una realidad contada en primera persona y con un estilo poético que haga que el lector se sienta atraído por la historia que se cuenta. Así pues, los diarios y las autobiografías son formas de autoetnografía porque son formas poéticas de escritura en la que se muestra una realidad. Pueden también ser extractos de la realidad, pequeños trozos, anécdotas, partes de una vida que quieren contarse para reflexionar sobre un aspecto en particular.

⁸ Ellis, C and Bochner, A. P., Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity: Researcher as Subject, in *The Handbook of Qualitative Research*. Denzin y Lincoln (Eds.) Sage: Thousand Oaks, CA, USA. 2000

2. La escritura como método de Investigación

I write because I want to find something out. I write in order to learn something that I did not know before I wrote it.⁹

Si bien la autoetnografía ha tenido una gran acogida en las ciencias humanas, hay quienes la critican porque carece de un método específico; prácticamente cada escritor escoge su método. La variedad de formas que tiene el ser humano para escribir sobre sí mismo es abundante y no hay una regla ni un manual, es una constante búsqueda.

Laurel Richardson en su ensayo plantea que el momento histórico en el que nos situamos nos permite replantear todo aquello que veíamos como verdades absolutas en la sociedad y que de allí precisamente nace una nueva forma de escribir, porque es una nueva forma de ver el mundo y de investigar de él; nada es una verdad inmutable y nada representa una autoridad y es por ello que hay una ruptura en cuanto al método investigativo porque se trata de cuestionar la regla y descubrir nuevas formas de ver el mundo, nuevos testimonios.

De esta manera, la escritura no es sólo un método de compilación de datos y experiencias como antiguamente se creía, sino que es una herramienta que nos permite conocer y captar otras formas de acercarse a la realidad y de verla.

Recordar es entonces el punto clave de la autoetnografía. Pero recordar no es una compilación, es una forma de ver un reflejo en el presente y su actividad en el sujeto que hoy se muestra ante el público. Hay cosas que no se recuerdan hasta que no se escriben. Al respecto, Anderson apunta:

To remember is not to restore something previously lost, to find a link in a chain which was previously missing. Rather the past can only be known lately, restructuring in the present what had previously been thought of as past.¹⁰

⁹ RICHARDSON, Laurel. Writing As A Method Of Inquiry, in *The Handbook of Qualitative Research*.

¹⁰ ANDERSON, Linda. *Autobiography*. New York: Rout ledge, 2001.

Sin embargo, y como la autoetnografía es un relato de eventos ocurridos, hay maneras de ayudarse a recordar. Para ello se puede hacer socialización en grupos de escritura, llevar un diario, las fotografías, las noticias, etc., pero eso no quiere decir que todo es absolutamente necesario y algunas veces uno podría basarse en su propia experiencia y memoria para llevar a cabo una autoetnografía; de hecho, uno podría basarse en su propia escritura para hacerlo.

MI CUARTO PROPIO

La serie de relatos y escritos que se presentan a continuación, hacen parte de diferentes acontecimientos de mi vida que constituyeron la base para resolver la pregunta ¿qué necesita una mujer para escribir? En ellos se da cuenta de cómo tras de la máscara de la cotidianidad se esconde la clave que nos permite ligar muchas acciones en la sociedad.

Algunos hacían parte de mis diarios, otros eran escritos que había ido acumulando y que encontré durante el proceso y otros fueron creados para ayudarme a recordar.

Sí, es mi vida y puede ser la vida de muchas mujeres colombianas. Mi historia. Mis recuerdos, mi familia, mis amigos... traté de ponerlo todo y traté de que fuera entendible de tal manera que cualquier lector pudiera acercarse a ellos, pudiera descubrirse en ellos.

Un Inicio

Llegaba a una ciudad muy grande aún en compañía de mi familia: mi papá, mi mamá, mis dos hermanas pequeñas y yo. Mamá lucía enferma, yo no sabía bien de qué, pero su mirada era extraña y papá la observaba vigilante. Debíamos tomar alguna forma de transporte para llegar a nuestra nueva casa y tratando de encontrar algún bus decidimos cruzar la calle. Papá que tomaba a mamá de la mano, como si la guiara, la soltó en un momento repentino en el que nos vimos en medio de una multitud. Cuando llegamos a la acera, mamá ya no estaba con nosotros. Papá dio muestras de desespero y empezó a buscarla repitiendo que se iba a hacer daño y yo, reconociendo que mamá estaba enferma pero sin poder decirlo, sin entenderlo aún, sin saber de qué pero sospechándolo por la reacción de papá...

*Me tomó a mí y me llevó a la casa dejándome sola con mis hermanas. Hice lo mismo que mamá había hecho durante años: les di de comer a las niñas. Luego me senté a ver televisión con ellas mientras papá seguía en la búsqueda, afuera, en la ciudad. No recuerdo el programa de televisión, recuerdo que era ya un poco tarde y que cuando papá llegó preguntó por mamá esperando encontrarla en casa. Justo cuando él preguntó por ella lo comprendí todo. Comprendí porqué no había dicho nada en la mañana: temía que mis hermanas se enteraran de que mamá estaba loca. Ellas me miraron asustadas. Pero yo estaba ya muy triste. **Papá esperaba encontrar a mamá en casa.** Lo comprendía por primera vez: mamá se había ido porque había querido irse. Veía los ojos de papá llenos de miedo y tristeza y viendo cómo mis hermanas recogían los platos sucios sentí ganas de llorar: envidiaba profundamente a mamá, tal vez, yo no sería capaz de hacer lo que ella hizo.*

Había estado teniendo sueños raros, pero este fue el inicio de una larga meditación. Aún con la tristeza que traspasó la realidad del sueño para llegar a mi vida de vigilia, decidí escribir. Más raro aún que el sueño fue el texto producido, donde la imagen de mamá abandonando la casa estaba profundamente ligada con mi proceso de escritura. No tuve tiempo de releer lo escrito, ya amanecía y apenas si me quedaban los minutos exactos para llegar a mi clase. A decir verdad, hubiera preferido pasar la mañana en cama pero era mi deber ir a dar una clase de práctica: un sufrimiento tanto

para esos niños entre los ocho y los 10 años a quienes el inglés les importaba muy poco, como para mí, que nunca me la he llevado muy bien con los niños.

Además, había cosas que ocupaban mi interés. Por esos días me había propuesto escribir una crónica sobre los Santos Populares del Cementerio Central pero no había tenido el tiempo suficiente para ir a visitarlo. Mis días transcurrían entre las prácticas docentes, las clases en la Universidad y el trabajo. Con todo eso, más el tráfico bogotano, a duras penas me quedaba el tiempo para comer.

Llegué al colegio. En cuanto entré, una niña pequeña corrió hacia mí y me abrazó. Parecía estar feliz de verme y cuando le pregunté por qué, me dijo que la clase de inglés le encantaba porque yo no gritaba. Me alegré de gustarle a alguien. En el colegio había un bullicio de niños y niñas que jugaban y correteaban por los pasillos.

He dicho que no me gustaba dar clases y que era porque era a niños pequeños, pero más allá de su edad, más allá de que eran más de 35 en cada salón, era que me entristecían. En especial dos de ellos. El primero se llamaba Juan Felipe, un niño de 8 años que era medicado para controlar sus problemas de violencia. Tenía una inteligencia atroz y en cuanto lo vi, sentí una profunda tristeza por no tener la capacidad económica para adoptarlo. Luego fui testigo de cómo el niño era adicto a su medicación y sin ésta, darle una clase era absolutamente difícil. El segundo caso era una niña de nombre Brigitte, también de ocho años. Era pequeña y muy, muy delgada. Nunca hablaba, ni siquiera con sus compañeros de clase. Casi no se movía y sus ojos daban la impresión de estar a punto de estallar en lágrimas. A diferencia de Juan Felipe- a quien aprendí a tratar y que me permitía acercarme- con ella me pasaba algo diferente. Daba la clase al principio intentando en vano hacerla participar; luego solamente observaba cómo ella pasaba el tiempo haciendo rayones en el cuaderno, totalmente indiferente a lo que pasara a su alrededor.

Aburrida ya de intentar cualquier forma de acercamiento, decidí hablar con la profesora titular. Ella me dijo que no preocupara por Brigitte, que su situación estaba fuera de mi alcance. La niña había sido abusada por su papá y ahora vivía con su abuela pero, al parecer, el compañero sentimental de ésta también tenía contacto sexual con la pequeña. Mientras la maestra me contaba estas cosas con la mayor tranquilidad del mundo, yo, que le daba la espalda con la excusa de borrar el tablero,

contenía las ganas de llorar y el vómito. Pregunté si no se podría hacer algo, a lo que la maestra respondió: *Habría que hacer algo con más de la mitad de las estudiantes de este plantel.*

Abandoné el salón lo más rápido que pude y una vez en la calle me senté a llorar en un andén. No fui a la Universidad ese día y tampoco visité el cementerio. No almorcé y se me hizo tarde para ir al trabajo. Ya de noche, en la casa que compartía con dos compañera de estudio, volví a mi lectura de los ensayos de Virginia Woolf, releí mi escrito de la mañana y me pregunté si de algo serviría la educación, el tener derecho a ella, si más de la mitad de las mujeres eran sexualmente abusadas. Me pregunté si Brigitte cuando creciera escribiría crónicas sobre Cementerios, si escribiría siquiera o si seguiría sumergida en su dolor, haciendo rayones sobre un cuaderno...

La imagen de mamá abandonando la casa volvió a mi mente. Volví a llorar y desde ese día saqué miles de excusas para faltar a mi clase de práctica- creo que somaticé mi dolor-. Sentía que la Educación y el acceso de las mujeres a ésta no servían de mucho, pero había una serie de lucecitas que me hacía levantar la mirada. Una lucecita en especial, tal vez una hoguera, algo que ardía y que había pasado hace poco más de un año. Una historia de hadas tal vez, aunque las historias de hadas nunca me han gustado, o mejor aún, una historia de brujas...

De brujas y aquelarres

¿Brujas? Sí, precisamente. Era como un pequeño grupo de brujas. Brujas que escribían para desconjurar fantasmas. ¿Eran 10? ¿15? ¿12? Tal vez 20. Algunas iban y venían, otras en cambio estaban siempre. Yo, que iba y venía, veía a veces el proceso desde afuera. Viajaba a esa pequeña y fría ciudad que en otras ocasiones me había dado dolores de cabeza, buscando excusas para encontrarme con un lapicero en la mano, aún cuando me quedara sin salario por buscar un reemplazo para el fin de semana.

¿Qué otro día se puede reunir un grupo de brujas que no sea un viernes?

Viajaba entonces los viernes en la tarde hasta Tunja y una vez allí, me dirigía a la casa de Juliana sin siquiera ir primero a la de mis padres. En la casa de Juliana: tazas de café y libros, los lapiceros de cada una y los cuadernos. Unas cuantas palabras mágicas: Historias y relatos.

Tal vez porque todas escribíamos no nos sentíamos juzgadas. Eran 10 minutos de intensa escritura. A veces, un poco más. También y como en cualquier otro grupo había reglas. Apparentemente eran reglas sencillas pero en realidad, o al menos al principio, eran totalmente difíciles de cumplir. La mayoría de las veces se nos daban palabras o frases siempre escogidas de forma distinta, con gran participación del azar. Eran 10 minutos para tomar esa palabra y no dejar de escribir.

Primera regla: el lapicero no debe detenerse.

Era difícil. Sobre todo para mí que estaba acostumbrada a pensarlo muy bien todo antes de ponerlo en palabras. Era difícil. Y ¿qué pasaba si no salían las palabras? Sencillo, se repetiría la frase o palabra inicial hasta que algo más fluyera.

Segunda regla: no importan la ortografía ni los signos de puntuación.

Precisamente se trataba de dejar que todo fluyera, no de ponerle comas. Para hacer eso habría tiempo después.

Eso era todo. Sólo dos reglas, cuán difícil era así, dejarlo todo al azar y a la rapidez de la mano. De esta manera fue como descubrí que había cosas de mí que yo no conocía hasta que las ponía por escrito. Estos juegos eran una forma de encontrarse, hallar las memorias, pero también eran un constante asesinato.

Sí, éramos brujas y en nuestros escritos hacíamos sopas de huesos. Se necesitaba matar a algo para que algo renaciera y cada una de nosotras mataba algo distinto. Todas matábamos nuestros miedos. Yo mataba la moda, tal vez las otras tenían monstruos más grandes y habría las que mataran a su propia familia. Escribir era un renacer.

La mayoría de las veces leíamos en voz alta lo escrito, compartíamos el hechizo. No recuerdo una sola vez en la que yo no haya llorado por alguno de los escritos de mis compañeras.

Éramos brujas con distintos hechizos, con distintas vidas y muchas veces fueron juzgadas por ello. Sí, fueron y no fuimos. Fueron, ellas. Porque yo no era parte de la UPTC y no tuve que soportar la recriminación de los profesores y de la gente. Lo digo por ese día...

¿Alguien sabe lo que todo el mundo hace El Día de la Mujer? Supongo que muchos hemos comprado chocolates o rosas. Supongo que muchos no conocen la historia y supongo que son menos aquellos que piensan lo que ser mujer significa en esta sociedad. Pues bien, a estas brujas les importaba el hecho de ser mujeres y decidieron hacer traducciones y escribir al respecto. Decidieron hacer una presentación en público el Día de la Mujer.

Éramos 20 en escena. Los textos leídos eran en su mayoría escritos por nosotras mismas. Vestíamos de negro pero cada una llevaba como accesorio o parte de su vestimenta, algo rojo: una bufanda, unas gafas, aretes, anillos, pulseras, vendas, tal vez una sombrilla. Nos sentábamos en espiral y cada una empezaba a hacer una actividad distinta. De repente una voz, la del centro de la espiral que leía su traducción: *Mi vagina está enojada...* y la voz retumbó en el espacio a la entrada de la UPTC. La voz se hizo más fuerte y algo dulce mientras decía *ella quiere chocolate*. Yo amasaba arepas, Lizbeth pintaba una casita de madera, Adriana se pintaba las uñas.

Luego otra voz: una niña que tenía miedo. No, no era un miedo común, era un miedo de los raros, de los que sólo los niños sienten: tenía miedo de amarrarse los zapatos. Adriana se quitaba la chaqueta, Gina tomaba el sol y entonces hubo una voz, que rompió con el ritmo. Adela temblaba mientras leía su historia, una historia triste. El relato de una niña que fue abusada por sus hermanos desde que tenía 7 años. Aún me pregunto cómo hizo para no llorar. Luego, la historia de un beso. Otro Monólogo de la Vagina. Adriana se quitaba la sudadera y aparecían unas medias de malla y una falda corta. Yo le echaba sal a la masa y hacía arepas en forma de corazón. La voz de Liliana y su escrito sobre la heroína. Su voz era suave. Sí, creo que empezaba así, *El pinchazo de la aguja resulta absolutamente excitante*. Después de Liliana, Lizbeth dejaba la casita de madera a un lado y leía algún escrito sobre la domesticidad. Juliana leyó sobre la escritura, sobre una inundación. Yo leí sobre el suicidio, sobre el nudo de la horca y las ganas de morirse. Adriana se maquillaba. Hubo alguna, no recuerdo su nombre, que leyó un escrito que nunca supe si era lésbico o un ensayo sobre el conocimiento. Otra leyó sobre el baile, la música, la ropa, las normas. *Así no se sientan las niñas (...) punta, talón, punta, talón. No hay saltos. Punta, talón*. Alguna de ellas leyó sobre la vida de campo. No recuerdo si Rocío leyó alguno de sus escritos donde otro idioma parecía formarse, un idioma donde el sonido era lo importante, sólo sonido. Aunque nadie hubiera nunca escuchado el idioma podría entenderlo por su ritmo, por el tono en que ella lo leía. Al final del espiral estaba Adriana que ahora se mostraba totalmente arreglada: tacones, medias de malla, falda corta, camisa ajustada, uñas pintadas, lápiz labial, polvos faciales y pestañas curvas. Leyó su traducción del Monólogo de la Vagina *La Mujer que gozaba haciendo gemir a otras mujeres*. El final de nuestra presentación era entonces un estallido con los gemidos de cada una. Aplausos por parte del público que se detuvo a observarnos. Abrazos y risas.

La Inquisición

Después de la presentación, ya en casa de Juliana, llegó uno de los profesores de la UPTC, quien se mostraba ofendido con nuestro *performance*. Recuerdo claramente sus palabras,

Es como si existiera un Día del Hombre y yo reuniera un grupo de 20 muchachitos y uno leyera un escrito sobre el glande, otro sobre la próstata, otro sobre el prepucio...

las mujeres no son sólo vaginas. Me hubiera gustado escuchar en el Día de la Mujer, algún poema, algo bello, como el de Receta de Mujer de... que dice...

Pero eso es como Neruda o ese escritor piensa que somos. ¿Qué hay de lo que nosotras sentimos respecto a lo que es ser mujer? Lo interrumpió alguna.

Pero el hombre siguió,

Yo sé que el sexo está muy de moda. Lo que no tiene sexo no vende. Pero debe haber algo bello en medio de todo lo escrito. Lo que ustedes hicieron NO es literatura.

Pocas fueron las que discutieron. Juliana guardó silencio, tal vez estaba anonadada con la reacción de su colega. Sin embargo, la discusión se prolongó un rato. Por lo menos hasta que nos dimos cuenta de que era en vano intentar justificarse, de que aquél hombre estaba realmente ofendido y que, por lo tanto, no había manera alguna de hacerlo cambiar de parecer. Terminó yéndose de la casa más enojado de lo que había entrado y a Juliana le quedó en el rostro una marca que aún no logro comprender si era de profunda tristeza o de ese miedo prudente que a veces todos tenemos.

Era cuestión de deseo. Las brujas pecan por desear, por admitir que desean, por mostrar que desean, por verse las cicatrices y quitar las máscaras, por no temer a lo oscuro. Las brujas pecan por atreverse a indagar en los secretos de la Humanidad.

Las mujeres no son sólo vaginas.

Lo que no tiene sexo, no vende.

Lo que ustedes hacen NO es literatura.

Las palabras retumbaron en mi mente algunas veces. Sentía que no nos había escuchado. Nosotras tampoco decíamos que estábamos haciendo literatura, pero los Monólogos de la Vagina sí que lo son y eso es algo que nadie puede negar. Sentía que ese señor no había escuchado en absoluto nuestros relatos, sentía que ese señor estaba ofendido porque tenía miedo, porque dañamos su Ideal de lo que una mujer debería ser.

Tiempo después supe que el profesor pertenecía al Departamento de Literatura de la UPTC y que era alguien influyente entre los profesores. A algunas de mis amigas les preocupaba que el grupo de investigación que teníamos y que se reunía cada viernes en la noche, perdiera todo el apoyo de la Universidad para seguir haciendo actividades como la de ese 8 de Marzo.

Sí, Virginia Woolf tenía razón cuando escribió que un siglo después de la publicación de *Un Cuarto Propio*, las mujeres participarían en todas las actividades y esfuerzos que antes les eran prohibidos; al menos es así en muchas culturas. Sin embargo, eso no quiere decir que ahora no sean juzgadas por ello. Aún no es posible para algunas personas de la sociedad que hablemos de todo lo que nos interesa, aún no podemos detenernos a mirar nuestros cuerpos y preguntar qué sentimos.

Lo que mis compañeras tuvieron que vivir fue algo parecido a un constante juicio: eran procesadas por no hablar de manera correcta, por mancillar el nombre de la Literatura, por atreverse a mostrar que había todo tipo de historias, de las felices como la del primer beso y de las tristes como la de la niña violada.

Para las brujas, las clases fueron hogueras. Lo que tal vez muchos no sabían era que las brujas no se quemaban, las brujas sólo ardían para iluminar el camino de otras.

Soledades

I

El instituto donde yo trabajaba dando clases de inglés funcionaba de una forma que me permitía a veces tener algo de tiempo libre. A excepción de las clases de conversación y de “Inglés de Negocios”- en las que podía llegar a tener hasta 10 estudiantes- el número de estudiantes por clase era máximo de dos. De esta manera, si algo les ocurría que les impidiera llegar, yo tenía la clase libre. Lo recuerdo bien porque esas horas libres solía invertirlas en la preparación de mi clase de práctica: hacía muñequitos o diseñaba los juegos o sencillamente pensaba y escribía la mejor forma en la que podía dar un tema.

Ese día era distinto. No había podido ir al Cementerio a tomar las fotografías de las tumbas de José Asunción Silva, Pizarro y Leo Kopp, así que había buscado dentro de mis carpetas viejas la información que ya tenía. La había recolectado hacía más de un año y claro, estaba desactualizada pero era lo único con lo que contaba. Planeaba pues, en mis horas libres, dedicarme a la lectura y escritura de la crónica que presentaría el sábado siguiente.

Tercera regla: Recuerda siempre la primera regla

Uno puede escribir en casi cualquier lugar. Se puede escribir en casi cualquier lugar y los baños públicos son prueba de ello. Allí uno encuentra desde diálogos políticos hasta confesiones de amor.

Uno puede sentarse o incluso estar de pie. Uno puede escribir en cualquier lugar y sobre cualquier cosa. Podría en vez de haberme sentado a vomitar y llorar, haberme puesto a escribir, vomitar mi rabia y mi dolor sobre una hoja de papel. Uno puede hacer muchas cosas que no hace. Uno puede... o tal vez no...

Ese día escribía y tomaba café. La necesidad de un líquido cerca es una vieja manía. Escribía y sentía un extraño placer al saber que estaba sola, con esa soledad única que el escribir proporciona. Los santos populares luchaban por salir, por ordenarse.

Me transportaba al cementerio para empezar mi recorrido desde La Piedad hasta Leo Kopp. Me apasionaba, escribía rápido, casi sin pensar.

Había encontrado la oración que vendían a la entrada del cementerio y ésta se reproducía con mi letra mezclándose con otras ideas: los claveles sobre las lápidas, alguna mujer vestida de negro, las lágrimas de la estatua. Era feliz escribiendo, el lapicero iba cada vez más rápido *Hola Laura, ¿qué haces?*

Es realmente fácil dañar la magia del momento. Detrás de las gafas redondas, la nariz siempre roja de mi colega y sus ojos pequeños mostraban una rara curiosidad rematada por una sonrisa. Fingí decencia mientras intentaba hacerle notar que quería estar a solas, pero ella no se fue. Ese día tampoco escribí la crónica.

Soledades

II

Se puede estar sola, absolutamente sola. Se puede querer estarlo. Escribir es entonces una forma de matar al mundo pero el mundo a veces es como una hidra: una de las serpientes te enrolla el cuello, la otra te aparta el brazo, otra más te agarra una pierna, otra tal vez te trague.

No es necesario hacer una prueba. Fuera de cualquier ámbito donde uno no se vea obligado a estudiar, no hay nada que llame más la atención que alguien que sostenga un lapicero en la mano y haga garabatos con él en una hoja de papel, o en cualquier otro lado. Todo el mundo empieza a indagar qué está haciendo, como si no fuera obvio. Insisto, el escritor es siempre sospechoso de algún delito: o es ladrón o es asesino. A nadie le gusta ser suprimido.

Llegué a mi casa, tarde en la noche después del trabajo. Menos mal no tengo hijos, me dije, dispuesta a sostener una larga conversación con una hoja blanca. Menos mal no tengo que llegar a la casa a cocinar para nadie. Menos mal no tengo un esposo hambriento, menos mal no me gustan las telenovelas. O, tal vez, porque no tengo un esposo hambriento es que no me gustan las telenovelas. Menos mal esta semana no me toca a mí el aseo de la casa. Menos mal la música de mis amigas no me incomoda. Menos mal trabajo sólo para mí aunque ese trabajo no me guste. Menos mal mis papás no viven conmigo y confían en que yo soy una buena hija. Menos mal no vivo en casa de mi tío. Menos mal soy joven. Menos mal... pero no todo es color de rosa y pronto habría de empezar a quejarme.

Veía cómo una de mis compañeras de casa y habitación empezaba a mover todos los muebles de la sala, preparándose para una de sus rutinas de ejercicios. Era obvio que no podría escribir allí mientras un video mostraba a una modelo de los años 90 haciendo una sesión de ejercicios que dura más de 45 minutos sin siquiera sudar. Menos mal mi compañera le quitaba el volumen al audio del video, porque el doblaje era en español de España y el acento hacía que todas siempre nos desternilláramos

de la risa. No, definitivamente la sala no era para mí ese día. Mientras tanto, puse a hacer café.

Mi otra compañera ya había ocupado el comedor. Su computadora estaba en la mesa rodeada por pilas de copias sobre sociolingüística y feminismo. Al parecer, tampoco estudiaría mucho, porque la alarma del *Messenger* sonaba de tanto en tanto y a ella se le dibujaba una sonrisa coqueta que delataba que su pasión por la conversación era mucho mayor que su pasión por el estudio.

El teléfono timbró y era para la muchacha del comedor. Ahora también estaría en el cuarto ya que el teléfono no era inalámbrico y bueno, después de todo, yo jamás había podido escribir en el cuarto, la luz era demasiado tenue y las camas de mis compañeras me recordaban constantemente sus presencias.

Maldije entonces no tener un salario suficiente para rentar un apartamento más grande. Si iba a hacer algo que no me gustaba, al menos debía darme un poco más de dinero. La soledad es frágil, muy frágil. Sólo tenía dos opciones. La primera opción: la cocina, que quedaba en un espacio abierto entre la sala y el comedor y que era demasiado fría y, además, tendría el ruido de la sala y el comedor al tiempo. Mi segunda opción era el baño, pero era demasiado frío también y corría el riesgo de que alguien de repente golpeará la puerta para usarlo. Sí, yo podía escribir en cualquier lado. Generalmente escribía en los buses. Pero el frío no lo soportaba y no quería imaginar las caras de mis amigas si me encontraran en el baño escribiendo.

Me dediqué esa noche a leer todos los datos que había recogido hacía más de un año y muy fríamente diseñé un esquema que los organizaba.

Esa noche antes de dormir, recordé el sueño en el que mamá se iba de la casa pero esta vez no lloré, tampoco entendí porqué ese sueño volvía a mí de vez en cuando. Estaba totalmente agotada. Aunque hubiera querido no hubiera podido escribir lo suficiente, el día había empezado a las cinco de la mañana y ya eran las doce de la noche. Era mejor que durmiera... menos mal, al día siguiente no había clase de práctica porque había entrega de boletines.

Entremés

I

Ella no escribía versos, ni cuentos, ni novelas, no. Ella hacía algo distinto de escribir pero de igual belleza, ella pintaba; también cantaba aunque su voz estuviera maltratada por muchos años de constantes amigdalitis. Su piel era morena y su cuerpo delgado, podríamos decir que frágil. Su pelo era largo como el de casi todas las mujeres del pueblo, por no decir que era igual al de todas las mujeres del pueblo, a pesar del calor que a veces sobrepasaba los 30 grados centígrados.

También trabajaba. Sus manos eran ágiles ante una máquina de escribir y llenaba cuadernos de unos garabatos en los que copiaba cualquier cosa que dijera una persona de una forma mucho más rápida. Muchas veces revisé los garabatos intentando hallarles una explicación y muchas veces ella se sentó a mi lado intentando explicarme cómo funcionaba el sistema de curvas y redondeces de sus notas. No era sencillo, menos a una edad en la que yo le prestaba tan poca atención a las cosas.

De sus labios gruesos a veces salen anécdotas de esa época y me cuenta cómo leyó casi todos los libros de Julio Verne a luz de vela. Mientras amasa el pan se acuerda de algún verso de Porfirio Barba Jacob o de los Nocturnos de José Asunción, o de alguna historia del llano. Me cuenta cómo era la vida cuando no había luz eléctrica en el pueblo en el que vivía, cuando tenía que pasar kilómetros a caballo porque tampoco había carros o porque ante los derrumbes no había otra cosa que hacer. No llora por el pasado que perdió pero tampoco sabe que yo sí lloro de vez en cuando. La masa del pan que hornea no se moja con lágrimas, por eso sus hijas son felices y no notan los cambios. Pienso que amasa con rutina más que con amor, pero de seguro las niñas también están acostumbradas.

Las niñas estudian, sí, estudian igual que lo hizo ella aunque ahora sólo amase pan. Las niñas saben dibujar y son buenas en el diseño, igual que lo fue ella que ahora sostiene el trapero y mira las ollas porque el olor delata que algo se pasó de cocción.

Su esposo es como cualquier otro, tal vez sea amable. Su esposo trabaja y de vez en cuando le ayuda en algún oficio de la casa, en especial a lavar la ropa porque sabe que a ella últimamente le duelen los brazos. Él no ayuda a amasar pero hornea el pan.

Yo la veo y recuerdo la imagen. Le digo que escribo y ella sonríe. Sabe que no le voy a dar detalles y sabe que sólo voy a mostrarle cosas que no me duelan, es decir, cosas de poca importancia para mí, sin embargo asegura que debo tener talento. Su seguridad es muy parecida a la fe.

A veces me pregunto si es feliz y la miro otra vez darle puños a la masa. Me pregunto si es feliz y alza la mirada y sonríe, una de las niñas lava los platos, su esposo llena crucigramas. Ella entonces le reprocha que haya empezado a resolverlo sin su compañía: puede demostrar que sin su ayuda, él jamás resolvería el crucigrama del domingo. Es casi un ritual mucho más importante que la misa a la que ya casi no van: amasa el pan, él lo hornea mientras juegan cartas y luego entre los dos resuelven los crucigramas. A veces compiten por saber quién resuelve sudokus en menos tiempo. No hay que ser un gran adivino para darla a ella como ganadora, aunque a veces hay sorpresas.

Trato de que me hable más de la pintura, del baile, de las cosas que hacía de joven cuando no tenía hijas y tenía que trabajar para pagarse el estudio. Quiero que me hable de Julio Verne y que recite los poemas de José Asunción. Pero ella no demora mucho en esos temas y aunque sabe que Julio Verne no está dentro de mis probables lecturas, tampoco me cuenta demasiado sobre él como si quisiera dejarme la duda.

Un día le pregunté si había leído cosas escritas por mujeres y trató de hacer memoria. Tal vez una o dos. Pensándolo bien, ninguna. Entonces, yo le llevé un poema de Alejandra Pizarnik y no le disgustó pero dijo que era demasiado triste. Le pregunté si en Colombia no había escritoras. *Pues al menos, no las hay conocidas.* La navidad siguiente leyó una novela corta de Laura Restrepo. Yo la veía leer, veía la emoción de su rostro y, aunque ya me habían recomendado la novela un par de veces, no la leí sino hasta que ella me dijo que era una novela bella. No sé por qué le creo más a ella que a él, si con frecuencia me recomiendan las mismas cosas.

Entremés

II

*Si los recuerdos comieran pasto serían nobles como los
caballos que permiten que cualquier amo los monte (...)*
Adela Ávila Rodríguez

Yo tenía 11 años. Me levantaba a las seis de la mañana y mamá hacía el almuerzo y el desayuno. Todos desayunábamos. Me iba con mi hermana mayor al colegio de las monjas que quedaba a menos de una cuadra de la casa. Por lo general entrábamos por la puerta trasera porque se nos había hecho tarde. No hace falta más que vivir cerca para que uno no sea puntual.

A mi hermana no le gustaba el colegio pero sí le gustaba pasar tiempo con sus amigas. Estaba en grado 11 y muchas veces estuvieron a punto de echarla del colegio pero papá era coordinador académico y, aunque no era el padre de Milena, velaba por ella como si lo fuera. Milena y él nunca se la llevaron bien, a pesar de todo, lo cual hacía que las diferencias entre ella y yo aumentaran pues ella veía en mí un reflejo de mi padre, veía en mí a una invasora.

Mamá terminaba de alistar el almuerzo, tomaba a mi hermana menor de la mano y la llevaba a una guardería un poco apartada de la casa. Después, se iba a trabajar. Recuerdo que era una empresa dedicada a la prestación de servicios de salud. Mi mamá era secretaria y se divertía con sus compañeras; además, si algo llegaba a pasar durante su embarazo, contaba con un doctor en el lugar de trabajo.

Durante la mañana yo pasaba las horas escuchando las diversas clases y leyendo la Biblia. Mis compañeras de salón opinaban que yo era muy solitaria y alguna vez expusieron el hecho ante una de las monjas. Ese día yo estaba en clase de Biología cuando recibí una notificación para ir a ver a la monja encargada de la psicoorientación quien intentó hallar alguna razón para mi aislamiento. Yo ni siquiera sabía que estaba aislada, sólo que me gustaba leer y que la Biblia se me hacía divertidísima y extraña. Le dije que había notado que en la Biblia casi no había

mujeres. No recuerdo su respuesta. Aprovechando que en el escritorio tenía chocolates y habiéndome librado de la clase de biología, decidí aprovechar y me llené el bolsillo con unos cuantos. Los bolsillos de mi uniforme eran distintos porque mamá los había confeccionado de forma tal que fueran un poco más grandes y por lo general terminaban llenos de basura.

Llegaba a mediodía con mi hermana y ella terminaba de hacer el almuerzo y preparaba jugo. Vivíamos al norte de Boyacá, así que frutas como el maracuyá o el lulo no eran muy comunes. El jugo era de mora, curuba o feijoa. Yo estaba hastiada de la mora, pero no habiendo más...

Les comenté a mis padres lo de la monja. Se llamaba Bertha. Yo le decía "sor", como se suponía que debía decirle a todas las dominicas, mi hermana le decía Rita o Sor Buñuelo. Le comenté a papá que la monja me había recomendado dejar de leer tanto porque mis compañeras creían que yo era rara. Mi papá me tranquilizó diciendo que no le pusiera mayor atención a la monja, que tanto él como mamá leían constantemente y que no eran raros, pero que era bueno que me divirtiera con mis compañeras. Me preguntó si aún seguía leyendo *Las Mil y Una Noches* y yo le dije que estaba leyendo la Biblia.

Aún no entendía cómo en un colegio de monjas, leer la Biblia era malo. Ese año me tocaba hacer la primera comunión con mis compañeras de salón y por eso había empezado a leer el Libro Sagrado, pero ahora no quería hacer la primera comunión. Papá trató de tranquilizarme, un año antes se había casado con mamá por presión de las monjas y ahora era necesario que sus hijas siguieran los sacramentos de la Iglesia, suficiente tenía con las críticas que recibía a diario por el comportamiento de Milena.

El colegio había empezado a volverse mixto y con esto papá se había granjeado muchas quejas por parte de las dominicas quienes criticaban que apoyara que los hombres llevaran el pelo largo, argumentando que si Jesús lo había llevado así, él no veía por qué estos muchachos no podían hacerlo.

En la casa casi nunca había carne, pero ese día había carne guisada con yuca, que mamá adoraba porque la hacía acordarse del llano, del calor, de mis tíos y mi abuela, de mi abuelo...el olor del guisado era penetrante y mamá empezaba a sentirse mal.

No soportaba el olor de la cebolla y a mí esto me asustaba. Recordaba con dolor cómo dos años atrás mamá, que en esa época también estaba en embarazo, se veía envuelta en un charco de sangre mientras mi hermana y yo corríamos para encontrar alguna ayuda en el pueblo y enterarnos que el médico de turno se encontraba en la población de al lado, donde sí había hospital. Me daba miedo cada vez que veía cómo su vientre se movía y de su boca se escapaban algunos gemidos. Me daba miedo y apoyaba mi cabeza en su barriga para, mentalmente, pedirle a mi hermanita que no creciera tanto. Sí, era otra niña. El niño se había perdido en el charco de sangre sin que yo lo notara y cuando mamá volvió a la casa ya no estaba embarazada y tampoco había niño. Estaba triste, igual que papá y el embarazo de ahora era una niña más. El resultado: ya éramos 4 las hijas, por lo tanto, esta familia ya no tendría varones.

Un día lo dije en voz alta. Dije que menos mal yo no tenía hermanos hombres porque probablemente él podría quedarse más tiempo a jugar con sus amigos en las noches, porque probablemente, al igual que papá, mi hermano no tendría que aprender a cocinar o cocinaría pésimamente, porque probablemente mi mamá le lavaría la ropa y Milena y yo seguiríamos turnándonos los platos por días. Mi mamá se limitó a sonreír con una mueca de condescendencia mientras argumentaba que yo estaba celosa de algo que ni siquiera existía.

La barriga de mamá crecía y crecía cada vez más y mi hermanita adentro se movía cada vez más duro. Ella decía que no me preocupara, que cuando yo había nacido era la más grande de todas y que me movía mucho más fuerte que las demás, como si desde el vientre estuviera jugando fútbol pero la diferencia estaba en que yo era apenas la segunda hija.

Mamá seguía trabajando de lunes a sábado de ocho de la mañana a cuatro de la tarde y cuando llegaba tenía que recibir las quejas sobre Milena, que se la pasaba de fiesta en fiesta escandalizando a las monjas y aumentando los rumores del pueblo, haciendo que empeoraran. Dependiendo de esto, aplicaba el castigo que consideraba justo. Pero aún no sé cómo hizo para aguantar tanto: el embarazo, la casa, sus hijas, mi papá.

Trabajar, supongo que la hacía feliz. Ahora, mientras amasa el pan de la semana recuerda esa época también y aún se queja de Milena, hace bromas respecto a mi

gusto por los “deportes de hombres” aunque sabe que ya no practico ninguno, recuerda la guardería de Angélica y su gusto desde pequeña por el baile. Su condición enfermiza hizo que durante mucho tiempo la sobreprotegiéramos ignorando que la niña llegaría a ser la más fuerte de todos en la casa. También recuerda que trabajaba y que no tenía que pedirle a papá permiso para comprar las cosas, ni ahorrar del dinero del mercado para darme regalos.

Mamá no recuerda que antes de eso pintaba. Mamá parece haber olvidado a propósito, que hubo una época en la que yo no existía y sólo estaban ella y Milena y sí, le tocaba duro en el pueblo y no tenía una casa sino apenas una habitación que compartía con su hija, pero tampoco le hacía falta nada y en su habitación no había nadie que le preguntara qué era lo que hacía.

Lo que mamá sí recuerda: dejó el pueblo por mí y por Milena. Dejó el pueblo después de que yo naciera alejándome por completo de una cultura llena de calor y de violencia. Mamá se autoexilió sabiendo que el problema de la violencia empeoraba y queriendo que sus hijas nunca llegaran a vivir en ese ambiente, pero con eso también dejó un poco de la libertad que había ganado para irla perdiendo paulatinamente cada vez que teníamos que cambiar de ciudad porque papá lo trasladaban a alguna con menos problemas o más alejada del conflicto del país.

Yo se lo agradezco. Cada vez que veo mi proceso educativo, le agradezco profundamente pero no dejo de sentirme culpable. La visión de mamá empeora de tanto que leyó a luz de vela en el pueblo, cada vez es más difícil que vuelva a pintar.

Crónica

No fui al cementerio, el tiempo decidí invertirlo buscando a una trabajadora social que pudiera ayudarme en el Colegio. No soportaba la idea de no hacer nada por Brigitte pero mi vieja manía de somatizarlo todo hacía que me diera vómito cada vez que intentaba contar la historia.

Busqué asesoría pero me dijeron que se necesitaba uno de esos permisos especiales para desarrollar un proyecto que involucrara a toda la comunidad de un colegio. El trabajo no era sencillo. Yo insistía y prometieron ayudarme.

Releía lo de los santos populares y me di cuenta de que las mujeres sólo eran estatuas mitificadas. De los hombres, en cambio, había algo de historia pero pretendía alejarme de ciertos temas para que la crónica tuviera un aspecto impersonal y por lo tanto, o al menos eso creía yo, más periodístico. Sólo había logrado escribir el primer párrafo en mi lugar de trabajo y la tesis de que uno podía escribir en cualquier lado se iba desmoronando. Además, yo no tenía computadora y me tocaba pedírsela prestada a alguna de mis compañeras. Rezaba entonces porque ellas no tuvieran nada importante que hacer para ese sábado y yo pudiera sentarme en el comedor a redactar el artículo.

Esa noche me dieron las 3 de la mañana escribiendo sobre tumbas y gente muerta. Mientras mis compañeras dormían en el cuarto, yo escribía. Como si escribir fuera un secreto, como si estuviera comiendo a escondidas o creando una bomba, como si temiera ser descubierta, intentaba hacer el menor ruido posible. Estaba agotada como todos los otros días, pero la idea de terminar la crónica esa noche me obsesionaba.

Al final, y chateando con una amiga, me dije: menos mal hay alguien en la casa que tenga computador, porque si no, no hubiera podido presentar esto mañana. Aunque claro, lo hubiera podido llevar a mano.

Reflexiones con papá

Semanas atrás había ido a visitar a mis padres. El pueblo donde ahora viven me aburre porque no conozco a nadie. En Tunja me aburría el frío pero allá estaban todos mis amigos de la secundaria, lo cual mejoraba mucho la situación.

Ahora están cerca de Tunja pero el pueblo no tiene nada que me interese a excepción de mi propia familia. Ayudo a mamá a hacer el pan y cocino para todos, o aparentemente para todos. Yo diría que cocino para evitar que mamá lo haga. Además de eso les leo historias a mis hermanas. Veo a Camila, la menor, tocando el tiple y trato de aprender un poco pero las notas de la guitarra siempre se me cruzan. Angélica está terminando bachillerato y dibuja realmente bien pero le cuesta reconocerlo.

Había ido a visitarlos porque el lunes era festivo y eso aseguraba que pasaría un fin de semana largo con ellos. Para acercarme un poco a papá decidí salir a trotar con él y fuimos hasta el colegio donde trabajaba. Me contaba anécdotas de sus estudiantes; del muchacho que borraba el tablero alzando al estudiante más pequeño y rozando su espalda contra la superficie. Me contaba de las peleas callejeras y de los muchachos que tienen problemas de drogas. Parecía extrañar la vida del pueblo en el que los problemas eran casos individuales y aislados y no una masa que no sabía cómo manejar.

Me contó finalmente, que ese año los casos de niñas embarazadas eran menores y que eso implicaba que más mujeres terminaran el bachillerato. Las niñas que quedaban en embarazo tenían que retirarse siempre para la época del parto y sus problemas de depresión y crisis en la familia les impedían llevar una vida académica normal, por lo tanto era casi imposible que aprobaran el año.

Las niñas no sólo tienen que tener al hijo y abandonar sus estudios, sino que además, lo más probable es que lo tengan solas sin ayuda del novio y que tengan que empezar a trabajar en lo que les salga, porque ¿qué trabajo pueden encontrar cuando no se han graduado?

Yo lo escuchaba mientras trotábamos. Lo entendía. Finalmente lo miré a los ojos y le dije: papá, a los hombres les hace falta liberarse. Al parecer no me escuchó. Entonces iniciamos una discusión sobre la violencia sexual y el desplazamiento forzado ligando esto con los procesos de educación. La tarea cada vez se ponía más difícil. Las trabajadoras sociales que consulté, sin duda alguna, tenían mucho trabajo que hacer.

A manera de Epílogo o Un monólogo inconcluso

Mamá había huido de la casa y hasta ahora lo entendía. Mamá dejaba de hacerle de comer a las niñas. Mamá estaba loca. Mamá suprimía a la familia. Mamá iba vagando por las calles de una ciudad desconocida. Mamá era una aventurera que no pedía permiso y que se escapaba ante los ojos de todos, escandalizándolos. Mamá no le tenía miedo a lo nuevo y exigía su soledad. Su vagar en el sueño, sus andrajos, el afán de papá por mantenerla en la familia, me hacen recordar otro tipo de discriminaciones. Cualquiera podría haber dicho que la mamá que se apareció en mi sueño tenía algo que podría hacernos pensar en la sociedad homosexual; por lo tanto, me sentía totalmente identificada con ella

Sin embargo, yo diría que mamá definitivamente es el proceso de escritura de toda mujer. Mamá, la de mi sueño, se fue de casa para enseñarme que escribir también es un abandono, una supresión. No hubo otra forma. Había que liberarse un poco de todo.

De seguro no habría podido escribir teniendo que trabajar, teniendo que cuidar de la casa y de las hijas. Mamá me habló en sueños para decirme que tal vez, me hacía falta valentía, que había cosas de las que yo no quería hablar por miedo a que me tildaran de loca, que ya casi no leía.

Envuelta en su traje un tanto andrajoso era feliz pese a la tristeza y desesperación de papá. No le dijo a nadie. Se fue y ya. Obvio, también tenía que ser algo doloroso para ella, dejar tanta costumbre, dejar a sus hijos.

Menos mal era un sueño. Menos mal se repitió muchas veces. Menos mal le dije a mamá mi sueño y mi interpretación del mismo y le conté que escribiría al respecto y ella, como siempre con su sonrisa en la mano alimentó mis ganas de seguir trabajando en ello.

No es fácil dejar la rutina y los seres humanos somos la mejor prueba de ello. Por eso, a pesar de que ahora hay una relativa equidad en las oportunidades, los mitos siguen reproduciéndose. La lucha entonces, no debe ser sólo de las mujeres.

Y los hijos... ¡Oh, por dios! Mamá sabe que lo más probable es que yo no los tenga, a pesar de que quiero ser madre. Mamá sabe que ya he defraudado a papá y que el lenguaje con él sólo podría ser académico. Mamá, la de mi sueño y la de mi vigilia, me abraza y me da besos en la frente. Me motiva a seguir con mis ideas, me pide que no me esconda.

Hay más de una lucha y poco a poco la diferencia entre hombres y mujeres se difumina para dar paso a otros conceptos. Hay más de una lucha y hay que ser valientes para cambiar la idea de familia, de hijos, de esposos, de amantes. Menos mal no tengo hijos, me dije, una vez más. Menos mal lo hablé desde que era pequeña y mi papá se quedó sin esperanza de un nieto de mi parte.

Sí, Virginia Woolf tenía razón cuando escribió que en cien años las mujeres tendrían acceso a todo aquello que antes les era negado. Pero en el proceso olvidó decir qué pasaría con los hombres.

Mamá sabe que si yo tengo una familia no habrá un hombre a mi lado. Mamá sabe que son menores las posibilidades de que yo quede en embarazo y eso para ella es un alivio, para ella eso es sinónimo de que podré estudiar, seguir estudiando, trabajar. Mamá es consciente de que gano poco y de que la mayoría de mujeres ganan menos que los hombres pero mantiene la esperanza viva de que las cosas irán cambiando y confía en la tenacidad que hay en cada ser humano sin importar su sexo. Ella ha decidido buscar su propia felicidad, ya no pinta, ahora baila y aunque sigue pendiente de la casa, se encarga de llenar a sus hijas de una extraña filosofía que les abre los ojos. Así sea en sueños.

CONCLUSIONES

Cuando Virginia Woolf escribió *Un Cuarto Propio*, empezaba una lucha de las mujeres inglesas por ser reconocidas en campos donde antes no lo eran. Sin embargo, las condiciones en las que obtenían algunos de sus derechos no se comparaban con las condiciones en las que los hombres disfrutaban de los que siempre habían tenido. El caso de la educación expresado durante todo el ensayo da cuenta de las diferencias creadas entre hombres y mujeres de la Inglaterra de 1928.

Era el ánimo de la autora hacer notar que aún faltaba mucho en la lucha femenina y que los problemas de dinero y propiedad eran una constante que impedía que una mujer se sentara a escribir tranquilamente, usándose a sí misma para ilustrar la importancia del dinero y de no tener hijos ni estar casada.

De esta manera y en nuestra actualidad, pretendí analizar la situación de las mujeres colombianas escribiendo una serie de relatos en los cuales pudiera reflejar la vida cotidiana y que me permitiera observar detalles que usualmente ignoro. La violencia, la religión, los tabúes, fueron temas que constantemente aparecieron en mi mente en el período de escritura o que salieron sin querer mientras escribía.

No fue sencillo darse cuenta del poder que la tradición tiene aún en nuestras mentes, y que los cambios en la política del país no sirven de nada si no hay un cambio también en la cultura que pueda abarcar los fenómenos de los lugares más aislados y que finalmente, pueda incluir a toda la población sin importar su clase social, raza o nivel educativo.

Las condiciones económicas han impedido que las mujeres colombianas obtengan trabajos dignos y puedan finalizar sus estudios. De hecho, son las mismas condiciones de pobreza y de violencia las que hacen que para muchas no haya otro proyecto de vida más que el de ser madres y poder abandonar así la casa de sus padres, dejando de esta manera su libertad encerrada en las paredes de un *nuevo hogar*.

Aún las mujeres, guiadas por la religión y la tradición olvidan que pueden tener una vida después de tener unos hijos.

El cambio que necesitamos es entonces un cambio tanto en las mujeres como en los hombres, un cambio en las formas de ver la familia y observar la sociedad y observarnos a nosotros mismos como individuos creadores de corrientes y tradiciones, como individuos transformadores. Es obvio que obtener esto no es sencillo, para obtener ese cambio se necesita de valentía y mucha constancia, se necesita abrir los ojos y darse cuenta de las injusticias que pasan a nuestro alrededor y que, aunque muchas veces, no nos tocan directamente sí influyen en la historia.

El ejercicio de escribir sobre mí misma y mi familia ha servido para este proceso de ver la realidad de la mujer en Colombia. En el segundo relato me di cuenta del tabú del deseo, de la forma en la que se nos limita la visión de nuestro propio cuerpo para enseñarnos sólo a vernos a través de los ojos de los *otros*, de los ojos de los hombres en nombre de la literatura y el arte, en nombre de lo bello y lo “normal”. Incluso en un campo que es considerado libre y transformador y promotor del pensamiento, como lo es la academia, no tenemos cuerpos ni deseos para nosotras. Entonces es hora de recuperarlos, de *resignificarlos*, de reinventarlos.

Escribir es una forma de recuperar la memoria. Escribir es una forma de ver la realidad. Escribir sobre nosotros mismos es una forma de analizar la sociedad y redescubrir los rumbos que ésta debe tomar. Sé que cuando quise que este trabajo fuera un proceso de escritura me estaba enfrentando a mí misma, pero considero que vale la pena levantarse la piel un poquito para verse los huesos, hurgar en las memorias para encontrar eslabones.

Considero entonces que este proyecto no termina aquí, que mi historia es apenas un pedacito de todas las visiones que se pueden obtener. Mi trabajo no es suficiente, se necesita de toda una labor de hombres y mujeres que cuenten sus recuerdos y sus historias, que cierren los ojos mientras escriben para poder hallar aquello que no conocen y que es la base para crear un cambio en la academia y un cambio en la historia que estamos creando.

BIBLIOGRAFÍA

ANDERSON, Linda. *Autobiography*. New York: Rout ledge, 2001.

ÁVILA, Adela. *Letras al fuego: Historia de una Mujer*. UPTC. Tunja: 2007

BORRERO, Juliana. *Portrait Of A Woman Language Theorist*. En: Semester Magazine Goddard College Individualized MA Program, 1-2005.
<http://web.goddard.edu/faculty/eppe/magazines/mag1-05/1-2005magazine.html>

NUÑO, Ana en Alejandra Pizarnik, *Prosa Completa*, edición a cargo de Ana Becció, Barcelona, Editorial Lumen, 2001

FINE, M. "Working the Hyphens: Reinventing the Self and Other in Qualitative Research", en Denzin y Lincoln (Eds.) *Handbook of qualitative Research*. Newbury Park, CA: Sage, 1994.

HAYANO, David. En Ellis, C and Bochner, A. P., "Autoethnography, Personal Narrative, Reflexivity: Researcher as Subject", en *The Handbook of Qualitative Research*. Denzin y Lincoln (Eds.) Sage: Thousand Oaks, CA, USA. 2000

PIZARNIK, Alejandra. *Diarios*. Edición a cargo de Ana Becciu. Barcelona : Lumen, 2003.

RICHARDSON, Laurel. "Writing: A Method of Inquiry" en Denzin, N.K., & Lincoln, Y.S. (Eds.), *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks, CA: Sage. 1994.

STORNI, Alfonsina. *Alfonsina Storni : Antología poética / prólogo y selección* María del Rosario Romero. Cali ; Santa Fe de Bogotá : Fundación Para la Investigación y la Cultura, Editorial Tiempo Presente, 1995.

WOOLF, Virginia. *A Room of One's Own*. Granada Publishing, London. 1980